



EMILIO ROMERO

## El trueno de agosto

construcción de la que tenemos delante se hizo en el proceso constituyente tras la restauración democrática, y se hizo con facilidad la Constitución, y hasta hubo unos pactos llamados de la Moncloa. Antonio García Trevijano tiene derecho, y esa es su larga vocación, a decir sus ideas y sus opiniones. Otra cosa es la conjura. Sinceramente cuando me asomo a la realidad española, no veo por ninguna parte la conjura de Vilallonga, aunque es una leyenda galdosiana, pero sin los elementos necesarios para transformarla en realidad. Me parece una invención periodística seductora, pero nada más. La gran acción o conjura para restaurar la democracia, desde 1976 en adelante, fue extraordinaria y real. Se hacía desde arriba, desde un rey que quería la monarquía de todos, o la democracia pa-

**"La conjura de Vilallonga me parece una invención periodística seductora, pero nada más"**

ra acompañarse a Europa. Y luego los mecanismos de Adolfo Suárez y de Torcuato Fernández Miranda fueron de prodigio. La gran muralla entonces eran las Fuerzas Armadas, pero el rey era quien las gobernaba. Era increíble que un país con muy escasos monárquicos fuera hacia una monarquía democrática, con los socialistas y los comunistas dentro, que eran republicanos. A los otros les daba igual una institución que otra. La conjura positiva fue la de los republicanos y los intelectuales contra la monarquía de don Alfonso XIII. Primero la salvó el general Primo de Rivera, y después ya no fue posible. El país se convertía en republicano de la noche a la mañana. Y don Alfonso XIII era un monarca presidencialista. El rey que tenemos delante solamente reina, y no gobierna, y no se ha fecundado el espíritu republicano. ¿Pero qué tenemos ahora delante?

Las fuerzas políticas protagonistas, con un socialismo moderado y una derecha progresista. Dos nacionalismos protagonistas para una u otra fuerza; y un federalismo con soda, que es el Estado de las Autonomías y que siente cada vez menos el principio de solidaridad. Después se entienden muy mal los sindicatos con el Gobierno y el empresariado. Así es que tenemos una democracia débil, pero sin conjuras. La sociedad quiere arreglos a toda costa. El trueno de Vilallonga ha sido un éxito periodístico, pero no más allá. Y la réplica de Antonio García

Trevijano dice claramente lo que piensa y niega la conjura. El ambiente o clima de España está en otra parte. Vilallonga y García-Trevijano nos tienen que contar algún día sus historias políticas de la pretransición y de la transición. Pero íntimas. Serían una delicia.

He leído en el periódico "La Vanguardia" de Barcelona una "Carta de París" de José Luis de Vilallonga y con el título de "García Trevijano". Es una bomba, o un misil, o un terremoto, que se corresponde siempre con el mes de agosto. Vilallonga denuncia que hay una conjura para proclamar en nuestro país la república, y que de acuerdo con nuestra historia sería la tercera. El presidente sería Antonio García Trevijano, a quien delata como el gran conspirador de este proyecto. Todo esto tendría un proceso. Primero la descalificación de Felipe González y su acompañamiento principal; luego una temporada para José María Aznar en el poder; y por último la república. A estos efectos dice que esto se lo han contado personalidades que nunca le han fallado en cosas que iban a suceder.

Naturalmente Antonio García Trevijano le contestaría con un artículo publicado en "El Mundo" y en el que señala que todo eso era una mentira injuriosa. Lo que le ocurre a García Trevijano es que tiene una idea de la democracia que no se corresponde con la que pueda sostener José Luis de Vilallonga. Esto lo hace constar en artículos frecuentes. Ha sostenido varias veces que un Estado de Partidos no es una democracia, sino una oligarquía. Y no le gusta tampoco el sistema proporcional en las votaciones y sus resultados, y le gusta el presidencialismo. También en la monarquía si fuera presidencialista. Sobre la construcción de la democracia hay una pluralidad de opiniones, y eso es normal o lícito, en virtud de la libertad de expresión. Desde el siglo XVIII a nuestros días, tenemos críticos múltiples y muchos de ellos sensacionales o trascendentales. Ninguna extrañeza entonces por el modelo de democracia que tengan unos u otros. La

